



Ray Palma M.

Birth of Shadows

SOMBRAS DE
ARANDOR

ARANDOR

Birth of Shadows

Bajo la Niebra Eterna que consume Arandor, yace el eco de un pecado nacido del amor. El Rey Lúcin, desesperado por salvar a su hija, quebrantó el Pacto Primigenio y desgarró el velo que separaba el mundo mortal del vacío, liberando así las Sombras que ahora corrompen su reino. Tú, marcado con el símbolo de Elda, no eres un héroe de leyenda, sino el último vástago de los Guardianes Olvidados, un reflejo de un juramento ancestral que el mundo ya no recuerda. Tu viaje no es por gloria, sino por expiación, cargando secretos que duelen en la sangre y que las propias Sombras anhelan y temen.

Deberás hallar el Templo del Alba, un ser vivo que juzgará el valor de esta creación, mientras reunís los fragmentos del alma del dios Arandor, atrapados en las Cinco Lunas. En el Espejo de los Potenciales Perdidos, tu mayor enemigo será el reflejo de todo lo que pudiste ser. Guiado por el susurro de Lyra, la princesa cuya pérdida condenó el mundo y cuya esencia lucha ahora desde dentro de la Niebra, tu elección final resonará más allá del tiempo: redimir al rey cuyo amor fue su perdición, o ascender para tomar su lugar como el nuevo y solitario guardián de las ruinas.



ARANDOR



BIRTH OF SHADOWS

SOMBRAS DE ARANDOR

ÍNDICE

PRÓLOGO: EL PECADO ORIGINAL

- **Capítulo 1:** El Último Amanecer
- **Capítulo 2:** La Ruptura del Pacto
- **Capítulo 3:** El Primer Susurro de las Sombras
- **Capítulo 4:** La Maldición de Lúcin
- **Capítulo 5:** El Nacimiento de la Niebla Eterna

ACTO I: EL DESPERTAR DEL GUARDIÁN

- **Capítulo 6:** Aldea Brumosa
- **Capítulo 7:** La Marca de Elda
- **Capítulo 8:** El Primer Guardián
- **Capítulo 9:** Las Ruinas de Eldoria
- **Capítulo 10:** El Espejo de los Potenciales Perdidos

ACTO II: LOS “ECOS DEL PASADO”

- **Capítulo 11:** El Fantasma del Rey Lúcin
- **Capítulo 12:** El Diario de la Princesa Elara
- **Capítulo 13:** El Consejo de las Sombras
- **Capítulo 14:** El Templo del Alba
- **Capítulo 15:** El Secreto de los Ancestrales

ACTO III: LAS CINCO LUNAS

- **Capítulo 16:** La Luna de Cristal
- **Capítulo 17:** La Luna de Obsidiana
- **Capítulo 18:** La Luna de Plata
- **Capítulo 19:** La Luna de Sangre
- **Capítulo 20:** La Luna Fantasma

ACTO IV: EL CORAZÓN DE ARANDOR

- **Capítulo 21:** La Ciudad Flotante de los Ancestrales
- **Capítulo 22:** El Juicio de los Titanes
- **Capítulo 23:** El Laberinto de los Espejos
- **Capítulo 24:** El Trono de Sombras
- **Capítulo 25:** La Verdad del Pacto

ACTO V: EL AMANECER ETERNO

- **Capítulo 26:** El Sacrificio de Lúcin
- **Capítulo 27:** La Llama de la Redención
- **Capítulo 28:** El Último Guardián
- **Capítulo 29:** El Canto de los Dioses
- **Capítulo 30:** El Nuevo Pacto

“Prefiero ser recordado como el monstruo
que salvó a su hija, que como el santo
que la dejó morir.”

~ Rey Lúcin, momentos antes de romper el Pacto Primigenio

PRÓLOGO: CAPÍTULO 1 - EL ÚLTIMO AMANECER

La ceniza caía como nieve maldita sobre los jardines de mármol blanco del Palacio Real de Arandor. El Rey Lúcin observaba desde su balcón privado cómo los últimos rayos del sol teñían de carmesí las nubes bajas que se arremolinaban sobre su reino. No era la ceniza volcánica lo que enturbiaba el aire, sino algo peor: el aliento del mundo moribundo.

—¿Estás seguro de esto, mi señor? —La voz de la Reina Elara temblaba como las hojas de los árboles ancestrales que comenzaban a marchitarse en los jardines.

Lúcin no apartó la vista del horizonte. Sus dedos, enguantados de terciopelo negro, se aferraban a la balastrada de ébano como si temieran que el viento se los arrebatará.

—No hay otra forma, mi amor. Los pozos de esencia se agotan. Nuestros hijos morirán en la oscuridad.

En la cuna de gemas junto a la chimenea, la pequeña princesa Lyra emitía un quejido débil. Su piel, antes dorada como el trigo de los campos del este, ahora tenía el tono pálido de la cera. La Maldición del Vacío la consumía desde dentro, igual que consumía a Arandor.

—Los Ancestrales nos advirtieron... —comenzó Elara, pero Lúcin se volvió con tal brusquedad que las palabras murieron en sus labios.

—¡Los Ancestrales se fueron! Nos abandonaron a nuestra suerte mientras su creación se desmorona. —Sus ojos, otrora llenos de la sabiduría de diez generaciones de reyes, ahora ardían con el fuego de la desesperación—. El Fuego Eterno puede salvarla. Puede salvar a todos.

Elara se acercó a la cuna y acarició la mejilla de su hija.

—Robar el fuego de los dioses es romper el Pacto Primigenio. Las consecuencias...

—¡Que las consecuencias caigan sobre mí! —rugió Lúcin—. Prefiero enfrentar la ira de mil dioses que ver a mi hija convertirse en polvo.

Esa noche, cuando la luna de cristal se alzó sobre las montañas del norte, el Rey Lúcin descendió a las Catacumbas Prohibidas bajo el palacio. Las puertas de obsidiana, selladas durante milenios, se abrieron ante su toque. Dentro aguardaba el Espejo del Alba, el último vestigio de los Ancestrales en el mundo mortal.

Lo que sucedió después, ningún cronista se atrevió a registrar. Solo se sabe que cuando Lúcin emergió, llevaba en sus manos una llama que no proyectaba sombra y que cantaba con voz de mil campanas. Pero tras él, algo más había cruzado el umbral: una oscuridad que respiraba, que susurraba, que anhelaba.

La Niebla Eterna había nacido.

CAPÍTULO 2 - LA RUPTURA DEL PACTO

El Gran Templo de los Ancestrales tembló cuando Lúcin irrumpió en el sanctasanctórum. Los Guardianes, hombres y mujeres cuyas edades se medían en siglos, alzaron sus bastones en señal de alarma. El aire olía a ozono y a tierra recién removida, como antes de una tormenta.

—¿Qué locura es esta, Lúcin? —El Sumo Guardián Orin se interpuso entre el rey y el Altar de los Juramentos. Sus ropas blancas parecían absorber la luz antinatural de la llama que Lúcin portaba.

—¡Abran paso! ¡Salvaré a mi hija! —Los ojos del rey brillaban con un resplandor febril. La llama en sus manos pulsaba como un corazón recién arrancado del pecho.

—Has robado el Fuego Eterno —susurró Orin, horrorizado—. Has roto el Pacto Primigenio. Has condenado a Arandor.

Lúcin avanzó, pero los Guardianes formaron un círculo a su alrededor. Sus voces se elevaron en un canto ancestral, tejiendo barreras de luz pura entre los pilares del templo. Fue entonces cuando las Sombras que seguían a Lúcin se materializaron.

No eran criaturas de carne y hueso, sino ausencias con forma, vacíos que caminaban. Donde pasaban, la luz moría y el mármol se convertía en polvo. Los cantos de los Guardianes se quebraron cuando las Sombras los tocaron, y sus cuerpos se desvanecieron como humo en el viento.

Solo Orin resistió.

—Lúcin, detente! Aún hay tiempo de...

Pero el rey ya había llegado al altar. Con lágrimas corriendo por su rostro, colocó la llama sobre el pecho de su hija, que yacía pálida e inmóvil en la piedra sagrada.

Por un momento, pareció funcionar. El color regresó a las mejillas de Lyra, y sus ojos se abrieron.

—Padre... —susurró.

Entonces la llama se volvió negra.

El grito de Lyra rasgó la realidad. Su cuerpo se convirtió en el primer vehículo de las Sombras, el primer recipiente de la Niebla Eterna. Cuando Lúcin intentó abrazarla, sus brazos pasaron a través de ella como a través de humo.

—¿Qué he hecho? —sollozó el rey, arrodillándose ante el altar.

La voz de Lyra era ahora el crujir de mil huesos secos.

—Padre... nos has dado la entrada. Y ahora... tomaremos todo.

CAPÍTULO 3 - EL PRIMER SUSURRO DE LAS SOMBRAS

La Niebla Eterna descendió sobre Arandor como un manto funerario. No era agua vaporizada, sino algo más siniestro: la respiración del mundo herido, la esencia corrompida de la magia que una vez fluyó libre por los valles y montañas.

En la aldea de Brumaumbra, el anciano Kael observaba cómo la niebla se arrastraba por las calles. No era la primera vez que la niebla visitaba su pueblo, pero esta era diferente. Moviéndose con propósito. Buscando.

—¡A las casas! —gritó, golpeando su bastón contra las piedras del camino—. ¡Cierren ventanas y puertas! ¡Enciendan las velas de hierro!

Pero era demasiado tarde. La niebla se colaba por las rendijas, bajo las puertas, a través de los respiraderos. Donde tocaba, la gente cambiaba. Sus ojos perdían el brillo, sus movimientos se volvían mecánicos, y comenzaban a susurrar palabras en lenguas que no deberían existir.

Kael retrocedió hacia la capilla del pueblo, donde la lámpara eterna de los Guardianes aún brillaba débilmente. Dentro, encontró a una docena de aldeanos refugiados, temblando de miedo.

—¿Qué está sucediendo, anciano? —preguntó una joven con una marca de nacimiento en forma de espiral en su muñeca.

Kael la miró, y su corazón se encogió. Reconoció la marca. Era el símbolo de los Guardianes Olvidados, aquellos que según las leyendas podrían un día restaurar el equilibrio.

—Niña —susurró—, ¿cómo te llamas?

—Elara —respondió ella—, como la reina.

Fuera, la niebla golpeó las puertas de la capilla con la fuerza de un martillo. La madera se resquebrajó.

—Escúchame, Elara —dijo Kael urgentemente, sacando un medallón de plata de debajo de su túnica—. Toma esto. Es el Ojo de Elda. Te guiará cuando todo lo demás falle.

—¿Por qué yo?

—Porque llevas la sangre de los que juraron proteger este mundo. Y porque el tiempo de cumplir ese juramento ha llegado.

Las puertas cedieron. La niebla entró, y con ella, las Sombras.

CAPÍTULO 4 - LA MALDICIÓN DE LÚCIN

El palacio real era ahora una tumba silbante. Lúcin vagaba por los salones vacíos, sus ropas reales hechas jirones, su corona perdida en algún lugar de las profundidades del laberinto en el que su hogar se había convertido.

—Lyra... —susurraba una y otra vez, como una plegaria—. Lyra, perdóname.

Pero Lyra ya no existía. En su lugar, una entidad de sombras y susurros gobernaba desde el trono, usando la forma de su hija como un guante vacío. Los cortesanos que una vez adulaban al rey ahora eran ecos andantes, repitiendo frases fragmentarias de conversaciones olvidadas.

—Padre. —La voz provenía del salón del trono. No era la voz dulce de Lyra, sino el sonido del viento a través de ruinas antiguas.

Lúcin entró en la sala. La entidad que había sido su hija flotaba sobre el trono de ébano, sus pies sin tocar el suelo. Detrás de ella, el gran vitral que representaba la Creación de Arandor por los Ancestrales estaba agrietado, y a través de las fisuras se filtraba la niebla.

—Has hecho bien, padre —dijo la entidad—. Nos has dado un hogar. Pronto, tendremos muchos más.

—Detente —suplicó Lúcin—. Toma mi vida, pero deja en paz a mi pueblo.

La entidad se rió, un sonido como vidrios rompiéndose.

—Tu vida no tiene valor, pequeño rey. Pero tu sufrimiento... tu sufrimiento nos alimenta.

Se deslizó hacia él, y por primera vez Lúcin vio su verdadera forma: no una, sino miles de consciences retorcidas, almas devoradas y re combinadas en una pesadilla viviente.

—¿Qué eres? —jadeó, cayendo de rodillas.

—Somos el precio —susurró la entidad—. El precio de desafiar a los dioses. El precio de tus emociones.

Extendió una mano que era más ausencia que sustancia, y tocó la frente de Lúcin. El dolor fue más allá de lo físico; fue el dolor de comprender la magnitud de su error, de ver cada vida que su arrogancia había destruido, cada alma que su amor mal dirigido había condenado.

Cuando la entidad retiró su mano, Lúcin ya no era el rey de Arandor. Era el Fantasma del Pecado, condenado a vagar por su reino en ruinas, atrapado entre la vida y la muerte, recordando por siempre el momento en que su amor se convirtió en la perdición de todo lo que amaba.

CAPÍTULO 5 - EL NACIMIENTO DE LA NIEBLA ETERNA

En las Montañas del Alba, donde según las leyendas los Ancestrales habían forjado el mundo, los últimos Guardianes se reunieron en secreto. Eran siete, los únicos sobrevivientes de la purga que siguió a la Ruptura del Pacto.

—Lúcin ha caído —dijo Orin, cuyo cuerpo ahora era semitransparente después de su encuentro con las Sombras—. Arandor está perdido.

—No del todo —replicó una mujer con ojos de plata. Era Lyra, la verdadera Lyra, cuyo espíritu había logrado escapar cuando su cuerpo fue poseído—. Mientras la esencia de los Guardianes sobreviva en un descendiente, hay esperanza.

—La Niebla se extiende —advirtió un Guardián más joven—. En una luna, cubrirá todo el reino. En un año, todo el continente.

Lyra asintió tristemente.

—Lo sé. Por eso debemos actuar ahora.

Se dirigió al centro del círculo donde yacía una losa de piedra antigua, grabada con runas que ya nadie podía leer.

—El Pacto Primigenio se rompió, pero hay otro juramento, más antiguo aún. El Juramento de Elda.

Los otros Guardianes intercambiaron miradas preocupadas.

—Ese juramento requiere un sacrificio que no podemos hacer —dijo Orin.

—Yo puedo —susurró Lyra—. Ya estoy medio perdida. Que mi esencia complete lo que mi padre comenzó.

Antes de que pudieran detenerla, Lyra colocó sus manos sobre la losa.

—Que mi sangre sea la semilla. Que mi espíritu sea el escudo. Que mi sacrificio contenga la oscuridad hasta que llegue el que pueda vencerla.

Su cuerpo se disolvió en luz pura, que se expandió hacia afuera en una onda que chocó contra la Niebla Eterna. Por un momento, la oscuridad retrocedió. Luego, se estabilizó, contenida pero no destruida.

Orin miró hacia donde Lyra había estado.

—Has ganado tiempo, niña valiente. Pero el precio...

—El precio será pagado por quien venga después —terminó otro Guardián—. El último descendiente de nuestra línea.

En una aldea lejana, una bebé con una marca en forma de espiral en su muñeca lloró cuando la onda de luz pasó sobre ella. Su madre la meció, sin saber que acababa de presenciar el nacimiento de la única esperanza de Arandor.

CAPÍTULO 6 - ALDEA BRUMOSA

La niebla se aferraba a las calles de Brumaumbra como un manto húmedo y persistente. Elara, ahora una mujer joven, caminaba entre las casas semiderruidas con el medallón de plata apretado en su mano. Dieciocho años habían pasado desde aquella noche en la capilla, y la marca en su muñeca parecía arder con más intensidad cada día.

—Elara, deberías estar dentro —la voz ronca de Kael sonó a sus espaldas—. Las sombras son más audaces con la luna llena.

—Algo viene, abuelo —susurró ella, sin apartar la vista del camino que llevaba al bosque—. Lo siento en la sangre. Como un rumor lejano que se acerca.

Kael se apoyó pesadamente en su bastón. Los años no habían sido amables con él, pero su mirada conservaba la agudeza de quien ha visto demasiado.

—El Ojo de Elda te ha llamado —afirmó, no como una pregunta, sino como un hecho—. Es hora de que conozcas tu herencia.

La condujo hasta la vieja capilla, ahora su hogar desde que la niebla se llevó al resto de la aldea. En el sótano, oculta tras una pared falsa, yacía una espada envuelta en telarañas. La hoja, de metal pálido, brilló con una luz tenue cuando Elara se acercó.

—Esta espada fue forjada con el último fragmento de la Estrella del Alba —explicó Kael—. Solo responderá a la sangre de los Guardianes.

Cuando sus dedos cerraron alrededor del puño, una visión la atravesó: vio un templo entre montañas, cinco lunas alineándose en el cielo, y una figura oscura que llevaba el rostro del rey Lúcin.

—Debo ir al norte —jadeó, liberando la espada—. A las Montañas del Alba.

Kael asintió gravemente.

—El viaje será largo, y la niebla no te dará tregua. Pero recuerda: incluso en la oscuridad más profunda, la luz de Elda perdura.

CAPÍTULO 7 - LA MARCA DE ELDA

El primer día de viaje, Elara descubrió que la marca en su muñeca era más que un simple símbolo. Cuando una sombra intentó arrastrarse desde el follaje, la espiral emitió un destello plateado que hizo retroceder a la criatura.

—Parece que tu herencia te protege —observó Kael, quien se había negado a dejarla partir sola—. Pero no confíes demasiado en ella. Las sombras aprenden, se adaptan.

Al caer la noche, acamparon en las ruinas de un puesto de vigilancia. Mientras Kael encendía un fuego con leña seca, Elara notó que la marca palpitaba suavemente.

—¿Qué significa ser una Guardiana? —preguntó, observando cómo la luz de las llamas jugaba con la espiral de su muñeca.

Kael suspiró, mirando las brasas.

—Significa que llevas el peso de un juramento milenario. Los primeros Guardianes prometieron proteger el equilibrio entre lo mortal y lo divino. Cuando Lúcin rompió el Pacto, ese equilibrio se quebró para siempre.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué no alguien más fuerte, más preparado?

—Porque la sangre de Elda elige a su portador —respondió él—. No por fuerza o sabiduría, sino por capacidad de sacrificio.

Esa noche, Elara soñó con una mujer de ojos plateados que le tendía la mano desde dentro de la niebla. Cuando despertó, su marca ardía con un dolor agudo, señalando hacia el norte.

CAPÍTULO 8 - EL PRIMER GUARDIÁN

En el tercer día de viaje, encontraron las ruinas de Eldoria. La antigua ciudad de los Guardianes yacía semienterrada bajo enredaderas oscuras y edificios derrumbados. En la plaza central, una figura encapuchada los esperaba junto a una fuente seca.

—Kael —dijo la figura, bajando su capucha para revelar un rostro marcado por runas plateadas—. Hace mucho tiempo.

—Orin —asintió el anciano—. Pensé que habíais caído todos.

—Casi —el Guardián miró a Elara—. Pero ella nos ha reavivado. La sangre de Elda late con fuerza en sus venas.

Orin condujo a Elara al interior del Templo de los Guardianes, donde los muros aún conservaban frescos que narraban la historia de Arandor.

—Cada Guardián posee un don único —explicó Orin, señalando los murales—. Algunos ven el futuro, otros hablan con los elementos. Tu don se manifestará cuando más lo necesites.

—¿Cómo lo sabré?

—Lo sabrás porque dolerá —respondió él—. Los dones nunca son gratuitos. Se alimentan de tu esencia.

Mientras recorría el templo, Elara se detuvo frente a un mural que mostraba a Lúcin robando el Fuego Eterno. Por un instante, juró que la pintura se movía, mostrando no a un rey ambicioso, sino a un padre desesperado.

—No todo es como nos lo contaron —murmuró.

Orin se situó a su lado.

—La historia la escriben los que sobreviven. Y en Arandor, pocos sobrevivieron para contar la verdad.

CAPÍTULO 9 - LAS RUINAS DE ELDORIA

Orin les mostró la Cámara de los Ecos, donde las voces de los Guardianes caídos aún susurraban en la piedra. Elara colocó sus manos sobre el altar central y una ráfaga de visiones la embargó.

Vio a Lúcin de rodillas, suplicando a los Ancestrales por la vida de su hija. Vio el momento en que la llama se volvió negra. Y vio algo más: un fragmento de la esencia de Lyra, escapando hacia la seguridad de la Niebla.

—Ella aún está allí —jadeó Elara, retirando las manos como si el altar quemara—. La princesa lucha desde dentro.

Orin asintió gravemente.

—Lyra fue la primera víctima, pero también la más fuerte. Su sacrificio contenía la Niebla el tiempo suficiente para que los Guardianes ocultáramos a los descendientes.

—¿Por qué no lo detuvisteis? —preguntó Kael—. Eráis los más poderosos de Arandor.

—Porque comprendimos demasiado tarde —confesó Orin—. Lúcin no actuó por ambición, sino por amor. Y contra ese tipo de magia, incluso los Guardianes somos impotentes.

Esa noche, mientras exploraba los archivos del templo, Elara encontró un diario oculto entre los estantes. En sus páginas, la letra elegante de Lyra describía no una maldición, sino una profecía: "Cuando la sangre de Elda despierte, el último Guardián elegirá no entre luz y oscuridad, sino entre dos verdades igualmente dolorosas".

CAPÍTULO 10 - EL ESPEJO DE LOS POTENCIALES PERDIDOS

En lo más profundo de las ruinas, Orin les mostró una puerta que no había sido tocada por el tiempo. Tras ella, en una cámara circular, flotaba el Espejo de los Potenciales Perdidos.

—Este artefacto muestra no lo que eres, sino lo que pudiste ser —explicó Orin—. Cada decisión que tomaste, cada camino que abandonaste, vive aquí.

Elara se acercó al espejo. Su reflejo no la miró desde el cristal, sino que se volvió para mostrarle la espalda. Cuando el reflejo se giró nuevamente, tenía los ojos completamente negros y una sonrisa cruel.

—Soy lo que serás si eliges el odio —dijo su reflejo—. La Guardiania que utilizó su poder para vengarse, no para salvar.

—Yo no sería así —protestó Elara.

—¿No? —el reflejo rió—. Espera a que las sombras te quiten todo lo que amas. Espera a conocer el verdadero dolor.

Kael colocó una mano en su hombro.

—No dejes que el miedo dicte tu destino. El espejo muestra posibilidades, no certezas.

Pero cuando salieron de la cámara, Elara no pudo evitar preguntarse cuánto de aquel reflejo oscuro latía ya en su corazón. La venganza contra Lúcin, contra las sombras, contra el destino que le había sido impuesto... eran semillas que podían crecer fácilmente en la tierra fértil de su dolor.

CAPÍTULO 11 - EL FANTASMA DEL REY LÚCIN

El camino hacia las Montañas del Alba se volvió más traicionero con cada paso que avanzaban. Los árboles, otrora verdes y frondosos, se retorcieron ahora en formas grotescas, sus ramas como garras que intentaban alcanzarlos. El aire olía a tierra mojada y a algo más profundo, más antiguo, como el polvo de tumbas abiertas.

—Cerca del Paso del Cuervo —advirtió Orin, ajustando la capa que le protegía del viento gélido— es donde más se manifiesta. Su espíritu no descansa.

Elara sentía la presencia antes de verla. Una opresión en el pecho, como si el aire mismo se hubiera vuelto demasiado pesado para respirar. Cuando apareció, no fue de forma brusca, sino como una neblina que gradualmente tomó forma humana. El Rey Lúcin, o lo que quedaba de él, flotaba a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Su corona, ahora solo un recuerdo espectral, descansaba sobre una cabeza inclinada por el peso de los remordimientos.

—Otro Guardián viene a juzgarme —la voz del fantasma sonó como el crujir de la escarcha bajo las botas—. ¿Cuántas generaciones han venido a señalarme con el dedo? ¿Cuántas maldiciones he escuchado?

Elara sintió una punzada de lástima al ver la profundidad de su sufrimiento. Los ojos del espectro, vacíos y sin fondo, contenían todo el dolor de un reino entero.

—No vine a juzgar —respondió, manteniendo la voz firme—. Vine a entender. ¿Por qué lo hiciste?

El fantasma se rió, un sonido amargo que hizo que los pájaros nocturnos callaran instantáneamente.

—Por amor, pequeña Guardiania. El mismo amor que movería a cualquier padre a cruzar el infierno por su hija. ¿Tú no harías lo mismo? ¿No romperías cualquier pacto, cualquier juramento, por salvar a quien amas?

Kael se adelantó, protegiendo instintivamente a Elara.

—Destruistete un reino por una vida —acusó el anciano.

—¿Salvé a mi hija! —rugió el espectro, y por un momento su forma se volvió más sólida, más real—. O al menos, eso creí. Pero la llama... la maldita llama tenía su propia voluntad. Se alimentó de mi amor y lo convirtió en esto.

Su gesto abarcó el paisaje devastado que los rodeaba. Elara comprendió entonces que el verdadero castigo de Lúcin no era vagar como fantasma, sino tener que presenciar por toda la eternidad las consecuencias de su error.

—Lyra aún lucha —dijo suavemente—. Su esencia sobrevive en la Niebla.

El fantasma se estremeció, y por primera vez algo parecido a la esperanza brilló en sus ojos vacíos.

—¿Mi niña...? ¿Después de todo este tiempo?

—Ella me guía —confirmó Elara—. Y si me ayudas, quizás pueda liberarla.

El espectro del rey titubeó, la lucha interna visible en su rostro translúcido. Finalmente, extendió una mano que temblaba como la hoja de un árbol en otoño.

—Busca el Medallón del Alba —susurró—. Lo escondí antes de... antes de que me consumiera por completo. Está en las Cámaras del Olvido, bajo el palacio. Te abrirá el camino al Templo Viviente.

CAPÍTULO 12 - EL DIARIO DE LA PRINCESA ELARA

Las Cámaras del Olvido no eran un lugar físico, sino un plano entre planos, un espacio donde la realidad se desdibujaba como tinta en el agua. Para entrar, tuvieron que seguir las instrucciones del fantasma de Lúcin: tres círculos concéntricos dibujados con polvo de plata, palabras antiguas que sabían a hiel y miel al mismo tiempo, y un sacrificio de sangre.

—Solo unas gotas —había explicado el espectro—. La sangre de Elda será la llave.

Cuando Elara dejó caer su sangre sobre el círculo central, el mundo se desvaneció alrededor suyo. De repente estaban en una biblioteca infinita, donde los estantes se extendían hacia arriba hasta perderse en la oscuridad y los libros susurraban entre ellos como viejos amigos.

—El diario de la Reina Elara —murmuró Orin, maravillado—. Los Guardianes llevamos siglos buscándolo.

Encontraron el volumen en un rincón apartado, protegido por un hechizo tan poderoso que el aire a su alrededor centelleaba con energía contenida. Cuando Elara lo tocó, el hechizo se disolvió como azúcar en el agua.

Las páginas olían a rosas secas y lágrimas. La reina había escrito con una caligrafía elegante pero urgente, como si supiera que el tiempo se le escapaba entre los dedos.

"Día 347 del Reinado de Lúcin: Hoy Lyra ha cumplido siete años. Su risa llena los pasillos del palacio como campanillas de plata. Lúcin la mira con adoración, pero yo veo las sombras bajo sus ojos. Sabe, como yo, que la Maldición del Vacío acecha a nuestra línea. Nuestra hija tiene la sangre de los Ancestrales, y ese es un honor que se paga caro."

"Día 512: Los pozos de esencia se agotan. Los campesinos murmuran que los dioses nos han abandonado. Lúcin pasa horas en la biblioteca prohibida, buscando una solución que no existe. O quizás sí existe, pero el precio sería demasiado alto."

"Día 689: Esta noche he sorprendido a Lúcin llorando junto a la cuna de Lyra. Mi corazón se parte en mil pedazos. Sé lo que planea, y no tengo valor para detenerlo. ¿Qué madre lo haría? Prefiero la condenación eterna que ver a mi hija convertirse en polvo."

La última entrada estaba fechada el día antes de que Lúcin rompiera el Pacto.

"Mañana todo cambiará. He escondido el Medallón del Alba donde nadie pueda encontrarlo. Si Lúcin tiene éxito, lo necesitaremos. Si falla... que los dioses se apiaden de nuestras almas. Y de la de aquel que venga después."

Elara cerró el diario con manos temblorosas. Por primera vez, comprendía que su misión no era solo salvar Arandor, sino completar una historia de amor que había comenzado generaciones atrás.

CAPÍTULO 13 - EL CONSEJO DE LAS SOMBRAS

El Medallón del Alba los guió a través de territorios que ya no aparecían en ningún mapa. Tierras donde el tiempo fluía hacia atrás, bosques cuyos árboles cantaban canciones de mundos desaparecidos, y ríos que llevaban no agua, sino lágrimas congeladas.

Fue junto a las Cataratas de Plata donde los encontraron. No eran sombras comunes, sino entidades más antiguas, más conscientes. Se hacían llamar el Consejo de las Sombras, y gobernaban lo que quedaba de Arandor desde las sombras de la Niebla Eterna.

—La sangre de Elda —dijo la primera figura, cuya forma cambiaba constantemente como humo en el viento—. Hace siglos que no sentíamos su aroma.

—Huele a miedo —añadió la segunda, una silueta alta y delgada que parecía estar hecha de pura oscuridad—. Y a determinación. Una combinación peligrosa.

—¿Por qué lucháis contra nosotros? —preguntó Elara, manteniendo la espada firme—. ¿Qué os ha hecho Arandor?

La tercera sombra, la más pequeña pero con una presencia que helaba la sangre, se adelantó.

—No luchamos contra Arandor, pequeña Guardiania. Luchamos por existir. Somos los olvidados, los no nacidos, las posibilidades que nunca se realizaron. Lúcin nos dio forma, nos dio voz. ¿Y ahora quieres silenciarnos?

—Estáis destruyendo un mundo —acusó Orin.

—¡Estamos reclamando lo que siempre debió ser nuestro! —rugió la primera sombra—. Durante eones, existimos en la nada, observando cómo los mortales desperdiciaban el don de la existencia. Ahora es nuestro turno.

Elara sintió entonces la presencia de Lyra más fuerte que nunca. Un susurro en su mente, claro como el cristal: "No son malvados. Solo tienen hambre. Hambre de lo que les fue negado".

—Quizás haya otra forma —propuso Elara, bajando lentamente su espada—. Sin destrucción, sin dolor.

Las sombras rieron al unísono, un sonido que hacía temblar la tierra bajo sus pies.

—Ingenua —dijo la segunda—. El hambre no se negocia. Solo se sacia.

Pero la tercera sombra permaneció en silencio, observando a Elara con algo que parecía curiosidad.

—Eres diferente —murmuró—. Llevas no solo la sangre de Elda, sino también... su compasión. Interesante.

Antes de que pudieran decir algo más, Kael lanzó una bomba de humo fabricada con hierbas sagradas. En la confusión, lograron escapar, pero Elara supo que ese no sería su último encuentro con el Consejo.

CAPÍTULO 14 - EL TEMPLO DEL ALBA

El Templo del Alba no era un edificio, sino una montaña viva. Sus paredes latían con un ritmo lento y constante, y sus ventanas eran ojos que seguían cada movimiento de los visitantes. Para entrar, tuvieron que ofrecer no un objeto, sino un recuerdo.

—El recuerdo máspreciado —había dicho el guardián de la entrada, una criatura de piedra y musgo—. Es el precio del conocimiento.

Kael ofreció el recuerdo del día en que conoció a su esposa. Orin, el de su iniciación como Guardián. Cuando llegó el turno de Elara, vaciló. ¿Qué recuerdo elegir? ¿El de su infancia en Brumaumbra, antes de que la Niebla llegara? ¿El de la primera vez que su marca mostró su poder?

Finalmente, ofreció algo diferente: el recuerdo del fantasma de Lúcin llorando por su hija. No era su recuerdo máspreciado, pero sí el más significativo.

El templo pareció aprobar su elección. Las puertas, que en realidad eran fauces de piedra, se abrieron para dejarlos pasar.

Dentro, el aire vibraba con magia antigua. Los corredores se reorganizaban constantemente, guiándolos hacia salas que contenían conocimientos perdidos. En la Sala de los Ecos, escucharon las voces de los primeros Guardianes. En la Cámara de las Lunas, vieron el futuro fragmentado en mil posibilidades.

Fue en el Sanctasanctórum donde encontraron la Verdadera Llama de Elda. No era fuego, sino pura esencia vital, danzando en el aire como un ser vivo e inteligente.

—Soy el corazón de Arandor —dijo la Llama, con una voz que resonaba en sus mentes, no en sus oídos—. Y estoy muriendo.

Elara extendió una mano hacia la luz.

—¿Cómo podemos salvarte? ¿Cómo salvamos a Arandor?

La Llama pulsó suavemente.

—El equilibrio debe restaurarse. Lúcin tomó energía del mundo de las Sombras para salvar a su hija. Esa deuda debe pagarse.

—¿Con qué moneda? —preguntó Orin, con voz grave.

—Con la misma con la que se contrajo la deuda —respondió la Llama—. Con amor. Pero no el amor posesivo de Lúcin, sino el amor que se da sin esperar nada a cambio.

Elara comprendió entonces la verdadera naturaleza de su misión. No se trataba de destruir a las Sombras, sino de ofrecerles algo que valiera más que la destrucción: un lugar en el mundo, una razón para existir que no fuera el dolor ajeno.

CAPÍTULO 15 - EL SECRETO DE LOS ANCESTRALES

La Llama les mostró una verdad que había sido ocultada incluso a los Guardianes más sabios: los Ancestrales no eran dioses, sino los primeros habitantes de Arandor. Seres de pura energía que, con el tiempo, habían aprendido a amar la fragilidad de la vida mortal.

—Nosotros creamos el Pacto Primigenio —explicó la Llama— no para mantener el poder, sino para protegeros. El Fuego Eterno es demasiado poderoso para las mentes mortales. Corrompe, distorsiona, destruye.

—Como le sucedió a Lúcin —murmuró Elara.

—Lúcin fue un caso especial —dijo la Llama—. Su amor por Lyra era tan puro que el Fuego no pudo corromperlo inmediatamente. En su lugar, encontró otra forma de alimentarse: de las sombras de su remordimiento, de su culpa, de su dolor.

La Llama les mostró entonces el momento exacto en que todo salió mal. Lúcin había logrado robar el Fuego sin ser corrompido. Pero cuando lo llevó a Lyra, vio que ya era demasiado tarde. La Maldición del Vacío había avanzado demasiado. En su desesperación, Lúcin no usó el Fuego para sanarla, sino para transferir la maldición a sí mismo.

—El sacrificio fue hermoso —susurró la Llama—. Pero toda magia tiene un precio. La maldición, al no tener un cuerpo mortal donde anclarse, se dispersó. Se alimentó de la energía del Fuego Eterno y se convirtió en la Niebla.

—¿Estás diciendo que las Sombras son... la Maldición del Vacío transformada? —preguntó Kael, incrédulo.

—Son más que eso —respondió la Llama—. Son el dolor de un padre, el amor de una madre, la inocencia de una niña... y la ambición de un rey. Todas las emociones que rodearon aquel acto, magnificadas y distorsionadas por el Fuego Eterno.

Elara sintió que el mundo se reorganizaba bajo sus pies. Toda su vida había creído que su misión era destruir el mal. Pero ahora comprendía que su verdadera tarea era mucho más compleja: tenía que sanar una herida que sangraba desde hacía generaciones. Tenía que encontrar una forma de integrar las Sombras en el tejido de Arandor, no de destruirlas.

—¿Cómo se paga una deuda de amor? —preguntó, mirando fijamente la Llama.

—Con más amor —fue la simple respuesta—. Pero no el amor que ata, sino el que libera. El amor que comprende que a veces, la mayor muestra de afecto es dejar ir.

Elara supo entonces lo que tenía que hacer. Tenía que encontrar a Lyra, no para salvarla, sino para liberarla. Y tenía que hacerlo antes de que el Consejo de las Sombras decidiera que la compasión era una debilidad, no una fuerza.